

# EDITORIAL

---

La tarde del 26 de julio de 1989, la Facultad de Química de la UNAM, la Sociedad Química de México y el Instituto Mexicano de Ingenieros Químicos pusieron a consideración de la comunidad química el resultado de un antiguo sueño de muchos, convertido en papel y tinta: el número de presentación de *Educación Química*.

Esta revista aspiraba a tomar el lugar de aquélla, desafortunadamente desaparecida, *Revista Iberoamericana de Educación Química*, editada por la Sociedad Química de México, comandada por nuestro querido profesor José Ignacio Bolívar Goyanes y con la participación en el Consejo Editorial del entonces director de la Facultad de Química de la UNAM, el químico Manuel Madrazo Garamendi. Para lograr la continuación del objetivo de aquellos visionarios es necesario primero consolidar nacionalmente esta nueva revista, para pretender después dotarla de alcance internacional.

Las ciencias básicas, y en particular la química, son cada vez más necesarias para comprender y coparticipar en el desarrollo de la alta tecnología que nos invade. Por lo tanto, resulta indispensable fomentar en los niveles medio y superior la divulgación de la química, adaptar los currículos de las ciencias básicas a los sucesos del mundo real, integrar esfuerzos hacia el trabajo multidisciplinario, generar nuevos conocimientos y educar en la comprensión profunda del trabajo científico y técnico; en sus ventajas, limitaciones y peligros, su impacto ambiental, su seguridad, su influencia económica, sus implicaciones sociales y éticas. Para llevar a cabo esta renovación es necesario abrir el debate académico y la reflexión, y fomentar el intercambio de puntos de vista.

Hasta ahora, la comunicación entre los responsables y los usuarios de los productos de la educación ha sido limitada. *Educación Química* pretende ampliar este espacio de reflexión, para que todo el que tenga algo nuevo que decir lo escriba y todo el que desee recibir ideas innovadoras las lea.

Hemos pensado que *Educación Química* tendrá éxito y larga vida si sus raíces no se anudan sólo en una parte de la comunidad, sino en la comunión de las instituciones y las sociedades profesionales del gremio. Por ello, este primer número tiene ya dos logotipos más en la portada: el del Colegio Nacional de Ingenieros Químicos y Químicos, y el de la Asociación Farmacéutica Mexicana, asociaciones a las que reconocemos y agradecemos por apoyar y compartir este esfuerzo de edición. Adicionalmente, hemos establecido un Consejo Editorial de la revista que revela una composición multidisciplinaria y suprainstitucional, que manifiesta nuestro compromiso porque *Educación Química* se transforme en la revista de la comunidad educativa química nacional.

Ojalá que el intercambio de ideas entre todos los sectores induzca un proceso de transformación de las prácticas académicas vigentes, venza las distancias entre la educación y la producción, integre a nuestras asociaciones profesionales, propicie la difusión


del saber científico, revitalice la imagen de la ciencia entre los jóvenes, haga discurrir y propicie agrias polémicas sobre la temática educativa en lo general. Aunque sólo le toque a *Educación Química* jugar un mínimo papel en este proceso de transformación, ha sido elaborada con estos grandes propósitos.

El tema central de este primer número es «Investigación como enseñanza». Diversos comentaristas opinan sobre la bondad y factibilidad de incorporar actividades de investigación dentro de los planes de estudio, o extracurricularmente, a todos niveles.

En las exposiciones de motivos para la creación de nuestras instituciones educativas se declara, de una u otra forma, el compromiso de realizar docencia, investigación y difusión de la cultura. Sin duda, el sistema educativo nacional ha avanzado notablemente en cada uno de estos objetivos y, no obstante, la interacción entre estas actividades sustantivas es débil aún. Por ejemplo, la docencia de la investigación (léase *doctorado*) muestra cifras cuantitativas de graduados ciertamente bajas en el área química, mientras que la investigación de la docencia ocupa en general un segundo término dentro de las líneas institucionales.

El tema central de este número, que podría parafrasearse al tenor de «Investigación como estrategia docente», recoge pues la necesidad de entremezclar las actividades educativas, para alcanzar fines más altos.

Si la investigación es la fuente idónea para renovar cotidianamente el conocimiento, el aprendizaje de su metodología es indispensable para garantizar la formación de profesionales creativos y en proceso de actualización continuo. La investigación es la antípoda del anquilosamiento, pues sus productos nos llevan a renovar y extender lo que sabemos sobre las cosas y las mejores formas de aplicar este conocimiento para el beneficio social. Así, una enseñanza sin investigación es una fotografía estática de *los saberes y los haceres* tomada en un momento y lugar determinados. Por el contrario, la docencia ejercida a través de una estrategia investigativa proporciona al alumno la cámara, para que siga tomando la película, aún cuando se aleje de la escuela.

Es un prejuicio pensar que la investigación es una herramienta pedagógica válida sólo en el posgrado. Desde luego que allí es indispensable, pero en otros niveles es el paradigma de una formación académica flexible, crítica y perennemente actualizada. Sobre sus virtudes en el nivel profesional temprano pueden hablar más de una decena de alumnos de la doctora Diana Cruz Valverde, a quienes les queda ahora el recuerdo de la académica de primera línea que fue, en tanto la vida le dejó hacer. Vaya este número y este tema como un homenaje póstumo para ella. 

Andoni Garritz Ruiz